

Palabras dirigidas por **José Lillo Galiani**, a los asistentes del **Anochecer Poético del Grupo Artístico-Literario “El Trascacho”**, como exaltador de la **XLVI Cata del Vino Nuevo**. Vísperas de S. Andrés. Auditorio Francisco Nieva 29-11-14.

Buenas tardes:

Los amigos del Grupo me invitaron a ser el exaltador del vino y de la poesía en este, ya mítico, encuentro literario. Para mí es un honor. De manera que he pergeñado unas palabras, esperando que éstas y vuestra benevolencia me ayuden a salir de este trance.

¿No es razonable pensar que quienes, por ingenuidad o por sistema, no beben vino, son unos imbéciles o unos hipócritas? Quien sólo bebe agua, oculta algún secreto a quienes le rodean”.

Naturalmente, este drástico y tajante razonamiento no es mío sino del poeta francés Charles Baudelaire, que la escribía en 1851 en su ensayo: *El vino y el hachís comparados como medios para multiplicar la individualidad*. Tampoco lo es la siguiente aseveración sino del teólogo alemán, iniciador de la Reforma Protestante allá por siglo XVI, Martín Lutero: “Quien no ama el vino, las mujeres y el canto, será un imbécil para el resto de sus días”. Dos personajes, dispares y antagónicos pero que tuvieron algo importante en común: beber vino y utilizar el mismo calificativo para quienes no lo hicieran. Sabido por todos, el vino es inherente a la humanidad, desde la infancia del mundo.

Seamos imaginativos y demos por cierto aquello que dijo el dios a un pobre mortal: “Toma esta nudosa rama que en adelante denominarás sarmiento, una vez plantada la cuidarás hasta que crezca y dé fruto, con éste elabora un néctar para nosotros, los dioses. Y como premio a tu trabajo, también podrás beberlo. Pero ten cuidado, si lo haces con prudencia, retozarás como un potrillo, la inspiración y alegría se aposentarán en tu cerebro y en tu corazón. Si aún sigues bebiendo, te sentirás fuerte y potente como un toro, nada ni nadie se interpondrá ante ti. Pero cuídate de seguir libando, porque si lo haces en demasía,

traspasando los umbrales de lo razonable, te revolcarás como un cerdo, la razón te abandonará y perderás la cordura, además del aprecio, la estima y consideración de los que te rodean”.

Y así, el vino se extendió por el orbe, con la enjundiosa misión de que con él se brindara, se festejara, se cerraran tratos, se ahogaran penas o se bebiera con las buenas nuevas y, en fin, fuera testigo y protagonista en todos los eventos alegres, festivos y placenteros del hombre. Y estuvo, está y estará en el mundo real, imaginario, bíblico o mitológico.

En la epopeya homérica, Odiseo, tras embriagar al Cíclope Polifemo, lo ciega de su único ojo para salvar la vida de sus compañeros y la propia.

Presente con profusión en las letras gloriosas de nuestra querida, diáfana, versátil y vibrante lengua española, expandida allende los mares, hablada por 500 millones de personas y ninguneada por unos pocos de actitudes cicateras, veleidades insolidarias e intenciones sediciosas.

Lázaro de Tormes imagina mil tretas para beberse el vino del sagacísimo ciego y nuestro Caballero Manchego rebana la cabeza del gigante Pandafilando de la Fosca Vista, metamorfoseado, según su dislocada mollera, en pellejo de vino, provocando, así, el regocijo de Sancho y la ira y desesperación del ventero Juan Palomeque, apodado el Zurdo.

El vino se mencionó en relatos, historias y consejas, quizás más prosaicas y menos épicas pero entrañables, como la apócrifa bíblica que nos contaba mi padre en las noches del caluroso verano, tras la cena bajo la parra del patio. La relataré aun cuando ya contada en otro lugar y ocasión, no deja de ser menos entretenida y curiosa.

Un día en el que aún no había terminado de salir el sol, ya caminaba Jesucristo en compañía de sus Apóstoles en dirección a una pequeña aldea donde pensaba predicar. Los incipientes rayos color bronce fundido del astro rey, vaticinaban una calurosa mañana de verano. Pedro, de vez en cuando, quedaba rezagado y, furtivamente, tras un recodo del camino, algún árbol o roca, empinaba un pequeño recipiente de cuero que llevaba colgado en bandolera con una tira del mismo material, para libar el líquido contenido. Lo hacía con tal deleite que entornaba los ojos hasta casi cerrarlos, y al terminar chasqueaba la lengua y se limpiaba la boca y las barbas con el dorso de la mano. El también llamado Simón, apretaba el

paso y volvía a unirse al grupo canturreando. A medida que transcurría el viaje, sus ojos se iban empequeñeciendo, tornándose brillantes y alegres; al mismo tiempo, se mostraba más locuaz y dicharachero. El Maestro, percatándose de este trajinar, detuvo el paso y se volvió al pescador.

- Pedro, ¿Qué bebida es esa que tan secretamente guardas?- preguntó taladrando el pensamiento del apóstol.

-Maestro, la llevo para calmar la sed -contestó el discípulo azorado.

- ¿Me dejas probarla?

-Claro Señor -contestó el de Galilea, tendiéndole el cuero.

Jesucristo palpó aquel recipiente de tacto blando, lo elevó como había visto hacer a su discípulo y, comprimiéndolo con los dedos, dirigió el fino chorro a su boca. Tras un largo trago, que al apóstol le pareció interminable, miró a éste.

- ¿Cómo se llama esta extraña vasija?

-Se llama bota y está hecha con piel de cabra.

- ¿Y qué nombre tiene esta bebida estimulante?

- Es vino, Señor -contestó algo preocupado y aún sin saber con certeza las intenciones del Maestro, que se ponía serio.

¿Y puede saberse de qué planta se extrae? -preguntó Jesús con semblante grave.

Pedro calló unos segundos, su mente trabajaba todo lo deprisa que le era posible. Si digo que de la vid, pensó, seguramente el Maestro mandará que las cepas se sequen por siempre. Ante la expectación de los demás discípulos, el gran pescador contestó al fin.

- Señor, el vino se elabora con los frutos de la higuera.

Los apóstoles quedaron de piedra, con los ojos desorbitados, no estaban seguros de lo que habían oído. Las chicharras callaron, se hizo un denso silencio. El Maestro impertérrito, balanceó un instante la bota que aún tenía en sus manos, miró de frente a los ojos del fornido Pedro y, cambiando su adustez fingida por una amable y burlona sonrisa, sentenció:

- Amado Pedro, es muy buena esta bebida, de ahora en adelante: que la higuera dé dos frutos.

Los apóstoles prorrumpieron en carcajadas y el buen Pedro cerró sus fuertes y callosas manos hasta que el rosado de las uñas se tornó blanco, las palmas rojas y a punto de sangrar.

Y nuestras viñas, por culpa del buen Pedro, no dan dos frutos. Pero nosotros nos regocijábamos porque, cuando niños, no nos gustaba tanto el vino pero sí los morados higos de la higuera de nuestro patio.

Los artistas plásticos trataron con profusión el tema. Si el arte es bueno, también puede ser poesía: en piedra, en bronce o en lienzo... Pero por su extensión, daré un ejemplo de los pintores que llevaron esta temática a sus telas. El gran maestro renacentista, Paolo Caliari, más conocido por El Veronés, en sus 65 metros cuadrados de lienzo y más de 140 figuras nos relata con grandiosidad y magnificencia las celebérrimas *Bodas de Caná*, (Museo del Louvre). Y dos muestras de nuestros excelsos pintores españoles: *El triunfo de Baco*, más conocido por *Los borrachos*, de Velázquez y *La vendimia*, de Goya (ambos en el Museo del Prado).

Y para no ser prolijo, un artista bastará para ilustrar el protagonismo del vino en la escultura. El divino Miguel Ángel, siendo un joven de 21 años, esculpe, en inmaculado mármol de Carrara, su conocido *Baco*, (Museo Barguello, Florencia). Un impresionante y bellísimo desnudo de más de dos metros de altura. El dios del vino, levanta su copa con la diestra, mirándola con placer, como si de inmediato fuese a llevarla a sus labios.

Husmeando en lo que bien podría calificarse merecidamente de compendio de filosofía popular que es el camaranchón de los refranes, proverbios, frases y decires, los encontré variopintos y de todos los pelajes. De tal abundancia, espigué algunos en los que, naturalmente, el vino es el protagonista. Los hay para gente parca en palabras: “Bebe, date, sube y bájatelo lleno”, naturalmente subir al empotro y bajar lleno el jarro. El conocido acertijo para lerdos: “Vengo de la viña, si me aciertas lo que traigo en el cesto, te doy un racimo”. Los aparentemente contradictorios: “Nada puede ser más frecuente que un vaso de vino ocasional”. Y juergas condicionadas por el bolsillo: “Mientras duren los diez reales, dale que dale”.

El propio temor, evita malas acciones y de ahí: “El miedo guarda la viña”. A veces los signos exteriores, dicen mucho de la persona o cosa y por eso: “viendo el chozo se conoce al guarda”.

En alguna ocasión, como en las fábulas de Esopo, los animales toman la palabra incluyendo, naturalmente, una pequeña moraleja. Es conocida aquella en la que un ratón de bodega había caído en una tinaja llena. A los gritos de auxilio, acudió el gato del bodeguero, que recorría vigilante los empotros; éste lo salvó momentáneamente pues le dijo que su misión era, cosa lógica, acabar con los ratones que se pusieran a su alcance. El pequeño roedor, le hizo saber que no era lógico ni conveniente que un abstemio (él sabía que de esta condición era el félido), se comiera un ratón empapado en vino, así que le rogó lo dejara un rato al sol y cuando estuviera seco se dejaría devorar. Ante tal razonamiento, el morrongo aceptó con escepticismo y no poca desconfianza; no obstante, le hizo prometer encarecidamente y bajo palabra, que no escaparía. Pero cuando el ratón notó su pelaje lustroso y seco, en un descuido del felino, huyó a toda velocidad a su reconfortante ratonera. El gato le recriminaba su falta de honor, conminándole a salir para cumplir su promesa. Pero el astuto roedor le aconsejaba desde su seguro escondrijo: “En adelante, no te fíes de la palabra dada por un borracho”.

Y recuperando palabras, necesarias en todo contexto determinado, eso sí, de poco uso, moribundas o desaparecidas, traje un puñado de ellas: garrafa, lebrillo, tonel, barril, bocoy, odre, pellejo, carretón, carro, galera, capacho, capacha, estera, sarrieta, serón, tinajón, trascacho (faltaría más), abrocharse (comer recio), tiento (darle a la bota), azumbre, cuartilla (de vino), media arroba y arroba, palabra bodeguera donde las haya. ¿Y su símbolo?, una “a” que languidecía encerrada en su propia concha pero que ascendió al estrellato mundial por obra y gracia de Ray Tomlinson para utilizarla, entre otros usos, en la correspondencia electrónica.

Y algunas, incomprensiblemente, apócrifas o proscritas del diccionario, como “barja”, (el cesto de esparto en forma de prisma cuadrangular para transportar el hatu). Y aquella que la señora empleaba cuando aparecía por la esquina el marido canturreando, cargando “lantero” y con olor a vinazo revenido. Entonces la sufrida ama de casa con la siniestra en la

cadera y la diestra empuñando el uslero (rodillo de amasar), exclamaba en tono amenazador: “¡ya vienes uple!”

También dos expresiones de estos pagos. La primera, aún utilizada, se refiere al cotidiano saludo: “hola que tal, cómo estás” y que es comprimido al escueto, pero entendible: “¡eeeeey!” Y el que se utilizaba en la bodega cuando la bomba impelía el vino a las tinajas, poco antes de estar completa, en vez de: “¡para la bomba que ya está llena la tinaja!” igualmente era reducida a la mínima expresión: “¡lleeeeno!”

Palabras todas, evocadoras de otras épocas que no necesariamente por pretéritas mejores, pero dignas de recordar. Partes de la historia de esta ciudad, menor si se quiere, pero más llana, entrañable e igual de verdadera. Tiempo de vendimia, olor a mosto y azufre, atardeceres otoñales, cuadrillas de vendimiadores retornando al merecido descanso tras la dura jornada y cantando al unísono retazos de jota manchega:

*Venimos de vendimiar
de la finca de mi “agüelo”
y no nos quieren pagar
porque hemos roto el puchero*

Carros cargados con el preciado fruto, tirados por esforzados mulos que del durísimo empedrado arrancaban chispas con sus herraduras, cual mecheros de eslabón y pedernal. Y los niños, dando tiempo muerto a sus juegos, solicitaban: “¡hermano denos usted un racimo!”. Y el generoso viñador, sin bajarse del carro levantaba una pegajosa estera y del rebosante capacho cogía uno quizás chafado del traqueteo y lo lanzaba a la chiquillería que, en igualdad y camaradería, daba buena cuenta del mismo hasta sólo quedar el escobajo. Entonces volvían a reanudar sus juegos.

Luego, en las frías tardes invernales, aquellos niños recibían atípicas y profanas comuniones. “Con pan y vino se anda el camino”, o se jugaba mejor. “Al pan, pan y al vino, vino”, para estas ocasiones: al pan, vino. Pan, auténtico, en forma de grandes y sentadas rebanadas del día anterior, vino tinto escanciado sobre la blanca miga que tomaba tonalidades

obispales, y toda la superficie espolvoreada de azúcar. Reconfortantes meriendas que proporcionaban energía para afrontar el frío y los ajetreados juegos callejeros.

Aquellas calles de “cercaos”, casas de labor, blancos, añiles, pavonazos. Desde muchas de sus fachadas nos observaban, hoy menos, ojos escrutadores y misteriosos, de cuadrados monóculos enrejados. Respiraderos ancestrales de silenciosas y troglodíticas construcciones que albergaron en sus entrañas panzudas y seculares vasijas de barro cocido, preñadas de buenos caldos. De cientos de ellas fueron reventados sus vientres y esparcidos sus cascotes como osamentas de ballenas varadas en infames e incontroladas escombreras. Aquellas pequeñas bodegas, bodeguillas, sótanos y cuevas, en su gran mayoría condenadas al olvido o en el peor de los casos, fagocitadas por el omnipresente, frío e impersonal hormigón; arrancada, así, de manera traumática, una página de nuestra historia local.

Al igual se apagaron las fraguas y los alegres y acompasados tintineos del martillo sobre el yunque de los antiguos herreros. Forjadores del sello propio de una época; éstos junto a carreteros, cuberos, esparteros y boteros, en cuyos talleres se decía que el aire andaba colgado, fueron desapareciendo por el lógico avance del progreso, pero son merecedores de un recuerdo de gratitud porque ellos fueron parte activa en la economía del vino y contribuyeron a ese progreso y prosperidad de nuestra muy heroica.

Y porqué no recordar a unos personajes, menos notables, poco relevantes pero presentes en nuestro lienzo social y muy populares entre sus convecinos. Degustadores consumados, duchos en libaciones, afectos a Baco. En muchos casos ciudadanos pacíficos, entrañables bebedores. En mi juventud escuché, en alguna ocasión, a uno de aquellos cuando, en plena euforia etílica, trataba de entonar, con más voluntad que acierto, una cancioncilla que comenzaba con una dedicatoria:

Honor al vino de Valdepeñas:

El peleón me gusta más que nada

el peleón lo bebo como el agua

*el peleón tiene la condición
que al devolverlo
te quedas sin follón
¡el peleón!*

Vaya para ellos un recuerdo afectuoso y de pleno respeto, y como pequeño y simpático homenaje, he traído una relación de acepciones referidas al estado de embriaguez provocado por la ingestión mal controlada del zumo de uva, fermentado. Una lista que si bien recopilé para mi libro *Ocho relatos enlazados con arte*, traigo aquí ordenada, corregida y aumentada: borrachera, cañamón, cogorza, curda, curdela, chispa, filoxera, follón, juagarzo, jumera, melopea, merluza, mona, moña, moscorra, papalina, pedo, pítima, tablón, tajada, tranca, trompa, turca y zamacuco.

También se cantaba algún fragmento jotero cuando un grupo de amigos, ya “pirifollos”, tornaban del verde paraje, pulmón de Valdepeñas, y de todos conocido como *El peral*. Según reza la letra y tratando de entonar en grupo, afirman que:

*Venimos de los Perales
de los perales del campo,
venimos todos alegres
pero ninguno borracho*

Pero quizás la preferida, que se cantaba con orgullo y amor a la tierra, fuera el pasodoble, *Cuna cañí*, compuesto en 1943, cuyos autores de letra y música fueron Mariano Bolaños y Ángel Ortiz de Villajos respectivamente. Fue popularizado por Pastora Imperio y dicha letra comenzaba así:

*“Bautizó” con manzanilla
Cerca del Guadalquivir
Ha “nacío” una chiquilla
Que la llaman en Sevilla*

La gitanita cañí

Pero al poco de hacerse popular, aquí en Valdepeñas ya se cantaba en las tabernas, tabernillas, despedida de quintos, cocinillas de “cercaos” en días de “San Borce”, bailes de candilillo, en la noche de maitines por navidad o en cualquier evento en el que el vino corriera con liberalidad y se hiciese dueño de la situación. Es de señalar que manteniendo la música, se había cambiado la letra por la siguiente:

*“Bautizao” con vino tinto
Lo mejor del mundo entero
Yo he “nacío” en valdepeñas
y por eso soy manchego.
Viva el puente de los Llanos,
San Juan y las siete esquinas,
la taberna de la Pincha
y las bodegas bilbaínas*

Mítico barrio donde, efectivamente, siete eran las esquinas formadas por la confluencia de las calles: Veracruz, San Nicasio y Molinillo. Hoy por capricho de la construcción, son nueve. Mítica era la taberna y su oronda tabernera cuyo nombre de pila pasó al olvido sin que a nadie le importara pues fue más conocida por su resonante apelativo, ya mencionado en la canción. No obstante, tenía nombre y apellidos y éstos fueron: Sagrario Grueso Morcillo. Y Míticas también las bodegas colindantes al ferrocarril, donde se elaboraba vino tinto, vino blanco, vino para la consagración o de misa, oloroso vinagre, dulce y mareante mistela y oscuro vermú. Y de donde salían y entraban en constante trasiego, lentísimos y chirriantes carretones, cual animales prehistóricos, tirados de cansinos percherones, y cuando dejaban su carga, el pesado bocoy, quedaban desembarazados como si hubieran depositado un huevo gigantesco.

Y enderezando el cauce hacia el binomio poesía y vino, el francés

Francoise Rabelais, pide ayuda a éste para su inspiración: “Oh botella misteriosa di en mi oído, esa bella palabra prodigiosa que yo te pido”.

El chileno Pablo Neruda exclama: “¡Nunca has cabido en una copa, en un canto, en un hombre, coral, gregario eres...!”. Y García Lorca expresa un deseo: “Me gustaría ser todo de vino y beberme yo mismo”.

Mas cómo no mencionar a nuestro amado Juan. Muchos fueron los poetas que lo citaron cuando ellos se ocuparon del vino. Y es que él, como nadie, llevó a cabo, cual ritual litúrgico, en simbiosis perfecta, el sublime maridaje: poesía y vino. Tan sólo dos retazos de sus magistrales y paradigmáticos sonetos.

Uno es el canto de sirena de la tinaja al bebedor:

*Vente buen bebedor queda conmigo
Reclina bien tu sed sobre mi ombligo
Depúrate el volar... y enreda el paso...*

En este otro, *tarde*, de la trilogía “cercao”, aflora la tensión:

*Un lebrillo abre el juego. Es la ruleta
Donde el vaso, rodando, coge y pasa.
La sed se apaga, el corazón se abrasa,
La frente crece y la corbata aprieta*

Voy terminando, pero, antes, permitidme retornar a mi memoria a nuestro añorado caporal. Su bajada por aquella empinada y luenga escalinata, envuelto en capa, anunciándonos la venida del nuevo caldo; en la vieja bodega, en la catacumba del vino, templo de la poesía: el inolvidable Trascacho.

Querido Andrés, seguro estarás en el Parnaso porque, si el alma como dicen es inmortal, la tuya lo era y es de poeta. Son tiempo aciagos, de culto a la chabacanería, a lo banal, a lo vacuo, se persiguen logros materiales a corto

plazo y a cualquier precio; se menosprecia el teatro, la literatura, la música, la pintura, la escultura, la poesía..., en definitiva: la belleza, el arte. Pero aún así, quiero que sepas ¡doy fe! que aún siguen sobre la cuba la vela enhiesta, despabilada y luminosa, el jarro lleno, el vaso destellando oros y granates; el tintero presto y la pluma afilada. Las páginas del libro siguen llenándose de versos, porque poetas de todos los confines acuden a escribir sobre ellas; no por apetencias pecuniarias sino por la posesión de los broncíneos símbolos, codiciados galardones de esta singular y ya celeberrima comunión poética. Y cada año, con perseverancia, los asistentes acuden a la cita para degustar, en paz y cordialmente, poesía y vino. Y esto, porque el testigo que dejaste, lo empuñan con fuerza un grupo de fieles seguidores. Inasequibles al desaliento, contra viento y marea, sin apenas medios. Sólo con la fuerza que les une y la ilusión de proseguir, de proseguir..., hasta que alguien recoja el testigo o caigan exangües.

Y ya acabo:

Me voy con el saludo franciscano

A la voz de los poetas cedo el paso

Y luego, beberemos más de un vaso

Yo callo, ¡A la paz de Dios hermanos!